

## **¿QUÉ SIGNIFICA AFIRMAR QUE DIOS HABLA?**

**Por Torres Queiruga**

### **La concepción "vulgar" de la revelación**

Cada domingo millones de cristianos en todo el mundo escuchan la lectura de unos textos. Al final, el lector o lectora dice: "Palabra de Dios". Son textos sagrados que se remontan a unos dos o tres mil años. Dios, allá lejos en el tiempo, ha hablado. La teología enseña que ese hablar de Dios "ha quedado completo con los Apóstoles" y ha dado como resultado lo que conocemos como Biblia.

Cuando la Biblia se estudia más de cerca, se aprende que Dios ha hablado en ocasiones concretas, de modos extraordinarios, a quienes ha elegido y diciendo lo que ha querido. Dios es libre de revelar cuando, cuanto y como quiere.

Además, hasta ayer se daba por supuesto que eso sucedía sólo en Israel. Los demás vivían en un estado de "religión natural", producto de su razón, búsqueda a tientas del Dios que había hablado en otro tiempo y en otra parte, con la esperanza de que un día su revelación les llegaría también a ellos.

No vamos a decir que todo eso sea falso, o que no haya verdad en lo que quiere decir. Pero es evidente que dicho así, de manera esquemática pero no deformada, a nosotros hoy se nos antoja chocante e inaceptable.

### **Urgencia de un cambio desde la idea de Dios**

Inaceptable por Dios mismo. Si hemos purificado su imagen, resulta incomprensible ese Dios extrañamente particularista, por no decir arbitrario. Crear a todos los hombres pero revelar su amor a sólo una pequeñísima minoría se parece demasiado a un hombre que tuviese muchos hijos pero sólo cuidase de uno y mandase los otros a la inclusa. ¿Por qué a unos sí y a otros no? Por otra parte, ¿por qué no decirlo todo de una vez o cuanto antes?, ¿cómo es posible que, más o menos hasta el siglo III a.C., mantuviese a su pueblo en la ignorancia sobre la vida eterna, provocando crisis tan terribles como la relatada en el libro de Job? Más grave aún, ¿cómo pudo decir en algunas ocasiones que había que pasar a cuchillo a ciudades enteras -el herem o anatema- o que iba a mandar una peste sobre el pueblo (2S 24), porque el rey había pecado (iinstigado por Él! [véase 2S 24,1]) o que castiga la culpa de los padres en los hijos hasta la cuarta generación (Ex 34,7; Nm 14,18)?.

Resulta doloroso y casi irritante escuchar estas cosas. Pero cualquier diccionario bíblico permite aumentar la lista. Quizás sea bueno dejar fluir la irritación orientándola en la dirección justa, como llamada a la reflexión honesta y radical sobre un problema que hay que afrontar con urgencia.

Es obvio que si se mantiene la concepción "tradicional", no puede negarse la verdad de esas consecuencias. Vista así la Biblia, los cardenales romanos no podían, en conciencia, dejar que Galileo afirmase que la tierra se movía, cuando resulta claro que el libro de Josué dice literalmente que el sol "se detuvo" (Jos 10,13) y, por consiguiente, era el que giraba. El único camino practicable es revisar nuestra concepción de la revelación y preguntarnos qué queremos decir cuando proclamamos que un texto determinado es "palabra de Dios".

### **Necesidad de coherencia radical**

No es sólo la idea de Dios la que exige el cambio, sino que la vivencia de la fe lo está pidiendo y presuponiendo a cada instante. Porque la experiencia religiosa implica que Dios se nos comunica aquí y ahora a todos y a cada uno, de modos siempre nuevos.

Siempre que oramos damos por supuesto que "hablamos" con Dios y que Él nos responde. Y por eso tratamos de determinar los movimientos de su gracia en nuestro ser. Todos deseamos saber qué nos dice Dios, qué caminos desea para nuestra realización, qué quiere que hagamos para ayudar a los demás.

No estamos acostumbrados a llamar a esto "revelación". Pero lo es. No verlo así es fruto de una visión deformada que hace de la "palabra de Dios" algo lejano, acontecido in illo tempore. Entonces se da un dualismo en la vida humana: por un lado eso que llaman "la palabra de Dios", y por otro la vida de oración, la experiencia de la gracia. Todo ello reforzado por la mentalidad deísta: división entre lo natural y lo sobrenatural.

El resultado es una "mala conciencia", que dice unas cosas mientras implica otras, que vive dividida entre la teoría y la práctica: la revelación ha terminado (teoría), pero Dios está presente en nuestra vida (práctica); Dios habló sólo a unos pocos (teoría), pero cuida de todos (práctica); Dios habla sólo en la Escritura (teoría), pero se nos comunica en la oración (práctica), etc.

Se trata de un conflicto muy grave, que afecta mucho a nuestras vidas y que forma parte de ese síndrome que en tantos ha hecho incompatible fe y cultura moderna. Hegel fijó ahí la culminación de la

"conciencia desgraciada", dividida entre la fe en Dios y la afirmación de lo humano. E indicó las falsas salidas: fideísmo ("ilustración insatisfecha"), que no quiere pensar la fe en la nueva situación, y racionalismo ilustrado, que abandona la fe quedándose con el pensamiento.

### **Un nuevo paradigma**

Lo nuevo desconcierta. La secularización y el ateísmo son los signos mayores de una crisis que lo ha afectado todo. Pero de ordinario lo nuevo trae también su pan debajo del brazo. Los cambios profundos responden a una necesidad del tiempo, y eso significa que debajo de ellos hay fuerzas que trabajan la historia, tratando de reorganizarla de una manera nueva, más acorde con el estado actual de la humanidad. Cuando esa organización afecta al conjunto, constituye un "cambio de paradigma".

No se trata de reajustes puntuales, sino que es la totalidad la que se mueve y estructura, buscando una nueva comprensión global. Ese cambio no anula lo anterior, sino que exige comprenderlo y vivirlo de otra manera. En el caso de experiencias profundas que afectan a las raíces permanentes de lo humano, exigen retraducirse a las nuevas circunstancias. Eso es obvio tratándose de la fe.

Existe la tentación de la inercia: o negarse al cambio o defenderse de él con meras acomodaciones. Como demostró Th. S. Kuhn en lo científico, esto sucede incluso donde, por su "positividad aséptica", cabría no esperarlo. En lo religioso resulta prácticamente inevitable. Los tradicionalismos, fideísmos y fundamentalismos son la reacción extrema y, por lo mismo, más visible y fácil de superar. Más sutil es la simple acomodación que, lampedusianamente, cambia algo para que todo permanezca.

No por malicia o estrategia, sino por instinto defensivo y por el mismo peso de la dificultad, creo que éste es hoy el gran peligro del cristianismo. Comprendida la necesidad de una renovación, se hace a medias. Se acepta la crítica bíblica, pero se hacen lecturas fundamentalistas (es el caso del Nuevo Catecismo). Se acepta la necesidad de reformar la Iglesia, pero se refuerza su juridicismo centralista (es el caso del Nuevo Código). Se acepta la existencia de un cambio radical en la concepción de la revelación, pero se siguen manteniendo los antiguos esquemas.

Conviene mirar este peligro de frente. Al caracterizarse por una historicidad radical, la fe bíblica está especialmente preparada para ello. Es ella la que ha introducido la idea de historia en la cultura, rompiendo la concepción circular del eterno retorno, como lo sabía

muy bien Nietzsche. Ejemplos como el de la teología de la liberación muestran que, cuando algo así se lleva a cabo consecuentemente, se generan problemas, pero se logra lo decisivo: la presencia de una fe viva y operante en el mundo.

La revelación como categoría fundamental, en cuanto implicada en todas las demás, acaba influyendo en todas, colaborando así a la retraducción global.

### **Dios habla siempre y a todos**

Para intentar situarse en el nuevo paradigma, lo más eficaz es partir de lo más elemental, de lo más simple y seguro que hemos sabido de Dios, gracias al proceso real de la revelación. "Dios es amor", por amor nos ha creado y por amor vive como un "Padre" volcado sobre nuestra historia para salvarnos a todos con un amor universal, incondicional e irrestricto.

Al poner en crisis la concepción tradicional, la nueva situación cultural aporta que es posible tomar en serio esa verdad fundamental. Si Dios crea a todos por amor, resulta obvio que quiere darse a todos siempre y totalmente. Es lo que nos enseña la experiencia humana: ningún padre o madre normales escatiman el amor por sus hijos primando a unos y discriminando a los demás, ni aman a unos desde el principio esperando largo tiempo para mostrar su cariño a los otros.

Si viésemos algo así en la vida real, una de dos: o se trata de padres desnaturalizados o algo les impide mostrar y ejercer su amor. En el caso de Dios, la primera hipótesis queda descartada. Sobre la segunda, algo hace imposible que Dios pueda revelarse plenamente a todos y siempre. Lo que a muchos les impide aceptarlo es que les parece que, de ese modo, negarían la grandeza y omnipotencia divinas. Pero puede suceder -y es lo que sucede- que una revelación universal y ubicua desde el comienzo de la humanidad resulte imposible por parte del hombre. A priori sería extraño lo contrario: Dios es muy grande, es trascendencia absoluta, nosotros somos muy pequeños y mundanidad relativa. Si aun la comunicación entre iguales es muy difícil y expuesta a equívocos, ¿cómo no va a serlo entre Dios y los hombres? Lo asombroso no es que la revelación sea tan difícil, sino que sea posible.

A nadie se le ocurre pensar que Dios deje de ser omnipotente porque "no pueda" hacer un círculo cuadrado: es que un círculo cuadrado es imposible y, por tanto, la suposición carece de sentido.

Por muy inteligente que sea una madre y por mucho que quiera a su hijo de un año, ¿podrá enseñarle el teorema de Pitágoras? Y, si "no puede", ¿implica esto que ella no sabe o que es tonta? Así, ¿tiene sentido decir que Dios no es omnipotente porque "no puede" revelársela a un embrión de seis meses ni a un niño de once semanas?, ¿tiene sentido preguntar por qué Dios no revela los más altos misterios de su trascendencia a una horda primitiva del paleolítico inferior, acosada por el hambre, los animales y la intemperie? Es imposible que estos hombres puedan entender -o simplemente interesarse- por determinadas verdades.

No estamos ante un Dios tacaño o caprichoso, que, porque quiere, restringe su revelación a un solo pueblo y, encima, empieza tarde (por la paleontología sabemos que tardísimo: no seis mil años, sino más de un millón) y lo hace a cuentagotas y diciendo oscuro lo que podría decir claro. Sucede todo lo contrario: Dios, con todo su amor por toda la humanidad, lucha con nuestra ignorancia y pequeñez, con nuestros malentendidos, para ir abriéndonos su corazón, para manifestarnos la profundidad de nuestro ser y la esperanza de nuestro destino.

Desde esta nueva perspectiva, la Biblia cobra una luz nueva. Es la lucha amorosa de Dios por hacer comprender su designio salvador, de acuerdo con las distintas circunstancias y valiéndose de todos los medios. Aunque a veces se diga en la letra de la Biblia, nunca es Él el que se niega, sino los hombres, que aún no saben o no pueden o no quieren oír y dejarse guiar.

También se aprende a ver que, "mientras tanto", Dios no había abandonado a los demás pueblos, sino que desde el comienzo de la humanidad está con todos manifestándoseles en cuanto es posible, es decir, en cuanto las circunstancias y las posibilidades culturales lo permiten. Las religiones representan el resultado de esa presencia. Por eso, según la fenomenología de la religión, todas se consideran reveladas. Y lo son, como por fin ha reconocido el Vaticano II.

En este preciso sentido, hemos de decir que todas las religiones son verdaderas, aunque de manera provisional y limitada, a través a menudo de deformaciones o perversiones. Pero esto sucede en todas, también en la bíblica, que ni siquiera después de su culminación en Cristo se libra de abusos, deformaciones e inquisiciones. Que unas avancen más que otras no depende de un "favoritismo" divino, sino de la necesidad de la historia finita.

Dios, padre con sus hijos, piensa en todos y se entrega totalmente a todos. La desigualdad viene de la acogida humana. Su amor busca la

igualdad y cualquier avance es, en definitiva, una ventaja para los demás. Por esencia, toda revelación, en el mismo momento de ser captada por alguien, pertenece por derecho a la humanidad.

Por esto, cuando culmina en Cristo, la revelación se hace universal. De ahí la enorme importancia del *diálogo entre las religiones*.

Resumiendo: *Dios, como amor infinito y siempre activo, se entrega y trata de manifestarse a todos desde el comienzo y en la máxima medida posible; las restricciones vienen sólo de la limitación humana, que o no puede o se resiste a su revelación.*

Por eso hay que recelar de expresiones como el "silencio de Dios". Eso puede parecer a nosotros en algún momento, pero objetivamente hieren el amor de un Dios que sólo desea manifestársenos. Dios no nos abandona, aunque las circunstancias parezcan decir lo contrario.

Soy consciente de que mi propuesta puede sonar a optimismo leibniziano y puede parecer como si dictase a Dios su conducta. Hay optimismo, cierto; pero sólo respecto a Dios. No hay soberbia, sino profunda humildad. No le dictamos a Dios su conducta, sino que reconocemos su amor y nos esforzamos por creer en Él. De quien no nos fiamos es de nosotros. Basta abrir los ojos para ver que el hombre puede fallar y falla, sometido como está al lento progreso de la historia, en lucha con la ignorancia y el instinto. Un pesimismo exacerbado también sería falso, porque la limitación se ve siempre en relación con el amor de Dios. Esa relación es la esencia misma de la revelación y de su historia.

### **Qué significa "palabra de Dios"**

Negativamente, algo muy decisivo se ha roto. Y es justamente lo que provocó la crisis y la renovación. Según la crítica bíblica, ya no es posible seguir considerando la revelación como un "dictado". Dios no pudo dictar órdenes como la de exterminar ciudades enteras ni copiar el relato del diluvio del poema de Gilgamesh ni equivocarse afirmando que el sol gira en torno a la tierra.

Estas afirmaciones pueden resultar provocativas: nos obligan a afrontar el problema. Pero la dificultad radica en la determinación positiva: ¿qué es, entonces, la revelación?, ¿qué significa afirmar que la Biblia es palabra de Dios? En realidad, la creación misma es ya la primera y fundamental revelación de Dios, su manifestarse hacia fuera. "Silabeas el alba igual que una palabra; Tú pronuncias el mar como sentencia" dice un himno de Laudes. La maravilla de la creación consiste en que tiene tal capacidad expresiva: "los cielos cantan la gloria de Dios", y el espíritu humano puede "escuchar" su voz.

El secreto, casi el milagro de la experiencia religiosa es que, en el modo de ser del mundo -en su contingencia, en su belleza, en sus enigmas- descubre ella que el mundo no es la razón última de sí mismo, sino que remite a un fundamento creador. El hombre lo ha hecho siempre, como lo demuestra la presencia universal de la religión.

Hagamos dos observaciones. La primera, que en la revelación no se trata de alguien que intenta ocultarse, sino que la experiencia religiosa es consciente de que, si descubre, es porque alguien estaba ya tratando de manifestársele y de que ella "cae en la cuenta". Sabe que es Dios quien toma la iniciativa, y, por eso, toda religión se considera a sí misma como revelada.

La segunda observación es que la manifestación se acomoda a la realidad: la realidad es la manifestación. En el mundo natural Dios se manifiesta en las leyes físicas: la persona religiosa comprende que el mundo funciona así porque Dios así lo ha creado y lo sostiene. En el mundo humano se manifiesta en los dinamismos de la libertad, en las llamadas al bien y a la justicia. Nosotros mismos somos una palabra de Dios, pronunciada en su impulsarnos a realizarnos, siempre respetando nuestra libertad.

### **La Biblia como palabra de Dios**

Solemos limitarnos a pensar en la revelación sólo cuando se trata de la Biblia, relegándola al pasado, como algo lejano y ajeno, sin damos cuenta de su conexión con nuestra vida. Pero, en realidad, la Biblia nació precisamente del descubrimiento de Dios en la vida de un pueblo y de la sucesiva comprensión de su modo de relacionarse con los seres humanos y de las actitudes que en ellos suscita. Sólo de eso habla la Biblia. Todo lo demás es vehículo expresivo.

¿En qué sentido cabe hablar de la Biblia como "palabra de Dios"? Lo es en cuanto en ella se expresa lo que Él quiere manifestarnos. Lo es en y a través de las palabras humanas en que toma cuerpo, las cuales llevan la marca de su tiempo y lugar. Lo cual explica que la revelación sea un proceso humanísimo, que avanza a base de recuerdos y nuevas experiencias, con tanteos y contradicciones, vacilaciones y retrocesos.

Fuera de contexto, las afirmaciones bíblicas pueden aun escandalizar. Pero en él, suponen casi siempre un avance y merecen todo respeto. Una Biblia sin las heridas del tiempo sería la mejor prueba de que es un libro "amañado". Y resultaría igualmente desenfocado pretender que todo lo que en la Biblia se dice es, sin más y a la letra, válido para hoy en día.

Es posible que, llegados a este punto, el lector se sienta perplejo. Puede que vea la coherencia de lo dicho, que confirma muchas de sus ideas. Pero puede también que se le rompan demasiado los esquemas y se pregunte: ¿entonces la Biblia no es libro inspirado? ¿Cuál es el papel de los profetas y de los hagiógrafos?

He señalado la dificultad intrínseca de la revelación por la distancia infinita entre Dios y el hombre. Contábamos con el hecho de la revelación constituida en la Biblia. Pero la dificultad más radical está precisamente en esta constitución, es decir, en el nacimiento de los grandes descubrimientos originales.

En el origen de cualquier intuición religiosa se encuentra un fundador, un santo, un profeta, que descubren la presencia divina allí donde los demás no ven nada. Moisés, David, Isaías, Ezequiel para el A.T. Lucas, Pablo, Juan, por no decir Jesús, para el N.T. Ese rol excepcional de algunos es lo que más tarde los demás reconocieron como el don divino de la "inspiración". Y lo era, porque todo lo que descubrieron fue gracias a Dios. El profeta es el primero en saber que no es en él sino en Dios donde se origina aquello que descubre y su capacidad para descubrirlo.

Pues bien, en eso consiste la inspiración de la Biblia. Lo que ocurre es que nuestros hábitos mentales tienden al exclusivismo y a lo extraordinario: a una especie de milagro mediante el cual Dios "dictaría" verdades ocultas a los hagiógrafos. Pero ¿qué decir de los relatos de sueños, raptos o experiencias extáticas? Si analizamos relatos, queda claro que, aun en las ocasiones más excepcionales, se trata de una actividad espiritual humana, a veces espontánea, a veces tras un esfuerzo reflexivo o a costa de tremendas crisis. Y es en esa actividad donde Dios logra hacer sentir su presencia.

### **La Biblia como "partera"**

Esta visión puede parecer pobre. Pero acaba mostrándose muy rica, como algo real, que nos afecta. Eso hace posible que la Biblia, lejos de ser algo aparte, pueda vivificar nuestra experiencia y mantener actual la vivencia de la revelación.

El profeta no capta algo para sí, sino algo destinado a la comunidad: descubre al Dios cuya presencia está afectando a todos. Es un mediador, que logra poner voz al mensaje dirigido a todos.

Moisés reconoció la llamada de Dios contra la injusticia, pero ésta les afectaba a todos. La inspiración de Moisés consistió en advertirlo.



En una fe responsable uno descubre lo que está afectando al conjunto. Si los israelitas siguen a Moisés o creen a Ezequiel, es porque se reconocen en lo que oyen. Sus paisanos le dicen a la Samaritana: "Ya no creemos por lo que tú cuentas; nosotros mismos lo hemos oído" (Jn 4,42). Algo que ocurre en todos los órdenes profundos de la existencia: si una obra literaria nos conmueve de verdad, es porque el genio del autor descubre una dimensión en la que nos reconocemos. Sócrates comparó su propio rol con el oficio de su madre, que era partera. La palabra auténtica ayuda a "dar a luz" lo que ya estaba dentro y que por eso puede ser reconocido como propio.

Está demasiado extendida la idea de que hay que aceptar la revelación porque "lo dice la Iglesia" y porque a ella se lo dijeron algunos que "dijeron que Dios se lo había dicho". Es cierto que, si no nos lo dijera la Iglesia, muchos no llegaríamos a la fe, y que sin los grandes profetas y, sobre todo, sin Jesús tampoco lo sabría la Iglesia. Pero, una vez que se nos dice, no somos como niños que tienen que obedecer a la mamá. La palabra reveladora solicita nuestra inteligencia y libertad. Aceptamos la Biblia como partera de nuestra autenticidad en su relación con el mundo, los demás y Dios. Es lo que yo llamo la revelación como mayéutica histórica.

La vida religiosa auténtica no consiste en "vivir de memoria" de una revelación pasada, sino un vivir actual desde un Dios que se revela ahora. La revelación como descubrimiento culminó en Cristo, pero eso no significa que la revelación haya acabado. Nunca como a partir de entonces pudo ser tan actual. Un amor no acaba cuando culmina en la entrega total, sino que entonces es cuando empieza a ser vivido en plenitud.

La actualidad de la revelación no es una metáfora, sino lo que da realidad a nuestra vida religiosa. Si yo creo que Dios es Padre tal vez puedo hacerlo gracias a que Cristo lo descubrió; pero esto constituiría una mera aceptación sociológica, si sólo creyese porque él lo ha dicho. Sólo hay fe viva cuando verifico en mi vida que efectivamente Dios me ama como Padre. Lo que explica la necesaria "vuelta a la Biblia" es que, dada la irreductible ambigüedad de nuestra vida, se nos oscurecen esas verdades y debemos esforzarnos por recordar que alguien nos lo ha dicho. Sin la Biblia es muy probable que el cristianismo se hubiera extraviado en el marasmo de la crisis histórica. Nuestra misma experiencia individual nos enseña que la Palabra representa un medio indispensable para avivar el rescoldo de esta presencia divina que tantas cosas tienden a ocultar y deformar.

Lo decisivo es que no se trata de un recuerdo externo y lejano, sino de una relación viva, en la que, aquí y ahora, yo reconozco a Dios presente, acogéndome, guiándome, "hablándome".

"Selecciones de Teología" 134 (1995) 102-108

Extractó: Teodoro de Balle Publicación original en:

" ¿Qué significa afirmar que Dios habla? Hacia un concepto actual de revelación." *Sal Terrae* 82 (1994) 331-347

## Una nueva comprensión de la Revelación

*Estamos en la segunda parte de nuestro curso, la correspondiente al «juzgar». En la lección anterior hemos hecho un recorrido a lo largo de las principales posiciones teológicas que se dan o han dado de hecho en materia de teología de las religiones. Ya habremos experimentado, probablemente, intuiciones, sintonías... sobre nuestra forma de mirar teológicamente a las religiones. Pero no vamos a tratar todavía de discernir nuestras opciones: no estamos en capacidad de hacerlo todavía. Llegados a este punto en que ya tenemos desplegado todo el panorama de la teología de las religiones, debemos cambiar de plano y profundizar en otros elementos.*

*Necesitamos abordar y revisar de un modo sistemático los elementos fundamentales que nos posibilitarán construir ordenadamente el edificio de la teología de las religiones. Y el primer elemento es la Revelación. En efecto, una mala comprensión de la revelación sesga inevitablemente toda nuestra visión teológica. En la presente unidad vamos pues a tratar de hacernos cargo, en síntesis, de la transformación que se ha operado en la comprensión de la revelación dentro del cristianismo moderno, para quedar libres de influencias nocivas por utilizar mediaciones defectuosas.*

### I. Para desarrollar el tema

#### Exclusivismo y fundamentalismo

Hoy, de alguien que piensa de un modo exclusivista decimos que es «fundamentalista»<sup>1</sup>. Fundamentalismo es un concepto originado en el campo cristiano protestante estadounidense a principios del siglo XX. Hoy, más ampliamente, llamamos fundamentalista a la postura de quien mantiene un pensamiento cerrado en sí mismo, sin diálogo con el mundo moderno, apoyado sobre una interpretación literal de la Biblia (o, por

<sup>1</sup> Donde decimos «fundamentalismo» podríamos decir integrismo, conservadurismo, tradicionalismo, inmovilismo, pensamiento reaccionario... Nos acomodamos a la palabra que ha hecho fortuna, proveniente del protestantismo estadounidense.

extensión, de la Escritura sagrada propia de su religión), a la que considera la única fuente religiosa de verdad, en la que no cabría ningún error...

Lo que hoy llamamos fundamentalismo, o simplemente, mentalidad conservadora, ha sido la postura dominante en el cristianismo durante siglos, durante milenio y medio. El protestantismo fue el primero en abrirse a un modo de pensamiento «moderno», crítico, en un proceso laborioso y hasta doloroso<sup>2</sup>, que comenzó ya en el siglo XVIII. El catolicismo permanecería cerrado a la renovación teológica y bíblica del mundo protestante, al menos hasta los años 40 del siglo XX<sup>3</sup>. Es decir: los cristianos venimos como conjunto de una teología y una espiritualidad como las que hoy llamamos fundamentalistas. Hace apenas 60 años para los católicos, y 100 ó 200 para los protestantes en algunos sectores, nuestros «padres en la fe» eran fundamentalistas. La educación religiosa de las personas que se formaron antes de aquellos años fue claramente semejante a posturas que hoy llamaríamos fundamentalistas. En algún sentido, podríamos decir que, mayoritariamente, los cristianos venimos todos del fundamentalismo...

¿Se puede pensar que ese fundamentalismo ya desapareció en el cristianismo y que nosotros estamos libres de él? Sin duda que no. Por ejemplo: aunque el exclusivismo haya sido «felizmente superado» en el cristianismo como conjunto, muchos de los elementos principales del fundamentalismo que lo sostenía siguen perviviendo en el inclusivismo por el que ha sido remplazado<sup>4</sup>. Veamos por ejemplo algunas afirmaciones que están en vigor en el ámbito mayoritario del cristianismo actual y que siguen sonando a exclusivismo:

-sólo la Biblia es Palabra de Dios; los «libros sagrados» de las demás religiones son «literatura religiosa»; los podemos leer con respeto y admiración, pero no como «revelación», ni podemos utilizarlos en el ámbito litúrgico;

-sólo a nosotros nos ha salido Dios al encuentro y nos ha dado su Palabra en su revelación; las demás religiones tratan de ir al encuentro de Dios, de buscarlo a tientas...;

2 Decía Tillich que el cristianismo protestante era la única religión que ha hecho un esfuerzo serio por dialogar con la modernidad. Señalaba que —en aquel entonces— no lo había hecho todavía el catolicismo, ni el judaísmo ni el islam.

3 La encíclica *Divino Afflante Spiritu*, de Pío XII en 1943, significó la apertura, la admisión dentro del catolicismo de los métodos científicos o críticos de acceso a la Escritura. La consolidación de esta apertura no se daría hasta el Vaticano II, en 1962-65.

4 No olvidemos que, como decíamos en la lección anterior, el inclusivismo no deja de ser un «exclusivismo moderado»: en el inclusivismo sigue habiendo muchos elementos detentados «en exclusiva» por la religión inclusivista. Ya no es ella quien tiene y retiene la salvación en exclusiva; ahora la salvación también está presente fuera de ella, pero sigue perteneciéndole y siendo «suya»...

-nuestra religión es «la» verdadera, porque es la única que Dios ha establecido en este mundo;

-por eso, debemos predicar nuestra religión, misioneramente, a quienes están ignorantes del mensaje de salvación que Dios nos ha confiado a nosotros para que lo llevemos hasta los confines del mundo...

Aunque el cristianismo como conjunto y la teología en particular, hayan avanzado notablemente en la revisión de su pensamiento, se da un conflicto -a veces flagrante- entre la cultura moderna y la cultura religiosa de muchos cristianos actuales. Su visión religiosa sigue siendo fundamentalista, conservadora, anclada en posiciones incompatibles con la mentalidad moderna. De esa forma, no es posible avanzar en la renovación del pensamiento teológico. Tampoco lo es concretamente en el campo de la teología de las religiones que nos ocupa. Sin una revisión de los presupuestos teológicos fundamentales, la persona no puede desprenderse de los esquemas mentales clásicos conservadores, y no puede avanzar hacia posiciones más abiertas y realistas.

Pues bien, el concepto principal que está en la base de la visión conservadora del cristianismo -y del exclusivismo en concreto- es el concepto de «revelación». Cuando a una persona de mente exclusivista le preguntamos cuáles son las razones «últimas» de su postura, invariablemente nos invocará la Biblia, la revelación, como su última razón: «es Dios mismo quien nos ha dicho la verdad, y nosotros debemos aceptarla con religiosa sumisión». Cuando algunos cristianos de hoy se oponen a la posición pluralista (como cuando los inquisidores del siglo XVI se oponían al heliocentrismo), su razón última era y sigue siendo la Biblia, la revelación cristiana: es Dios mismo -decían, y siguen diciendo- quien nos ha revelado la verdad, quien nos ha dicho lo que debemos creer, y esa revelación es cierta al pie de la letra, y lo es de una forma inmutable.

Por eso, importa mucho hacer una revisión de este tema, de la revelación, que está entre los fundamentos mismos de cualquier postura que se pueda adoptar, no sólo en el campo de la teología de las religiones, sino en toda la teología y en la fe cristiana como conjunto.

## **El viejo concepto de revelación**

Nos estamos moviendo en el campo de la revelación cristiana que, como es sabido, tiene en la Biblia su expresión máxima y su punto de referencia.

Varios puntos podríamos señalar como elementos claves de la revelación bíblica -en la visión clásica-, que luego han sido superados. Vamos a tratar de describirlos.

- El primero de ellos es lo que podríamos considerar la autoría de Dios entendida de una manera extremosa y unilateral. La Biblia es palabra «de Dios», lo que se entendería como que no es obra de los seres humanos; sería un libro enteramente divino y en nada humano. En esta visión, si bien no es un libro literalmente «caído del cielo», sí es algo equivalente: un libro que ha sido inspirado por Dios a los seres humanos que lo escribieron. Éstos eran instrumentos en manos de Dios<sup>5</sup>. En el punto más extremo de esta interpretación se llegó a decir que fue «dictado» por Dios<sup>6</sup>. En la mentalidad popular la Biblia se reviste de un halo mágico, a veces fetichista: ver y tocar la palabra de Dios en un libro en las propias manos, con unas palabras con las que Dios habla personalmente con nosotros... conlleva la tentación de acudir a ella para encontrar respuestas inmediatas a cualquiera de nuestros problemas.

- Otro elemento clave es la verbalización exagerada que se apoderó de la concepción misma de la revelación bíblica. A pesar de que el Concilio Vaticano II recuperó la presencia de las «obras» en el desarrollo de la revelación<sup>7</sup>, la concepción que de ésta se tuvo durante más de un milenio y medio, y que en el fondo perdura en el subconsciente colectivo cristiano, es que la revelación es, sobre todo, palabra, con todo lo que ello conlleva de verbalismo y conceptualismo, una revelación entendida primordialmente como doctrina, verdades reveladas, «depósito» de verdades que hay que observar y preservar intactas...

- Otro es el biblicismo literal que se ha vivido: un poner la Biblia, la materialidad de su texto, por encima de la realidad, fuera de la historia, más allá de lo humano, adornada por cualidades únicas como la «inerrancia» (la imposibilidad de contener ningún error), la infalibilidad... A quien está en esta visión de la biblia se le hace posible tomar cualquier texto, sacarlo del contexto, no preguntarse si quiera cuándo fue escrito, por quién, ni qué quiso decir el autor... sino leerlo en directo, con toda ingenuidad precrítica, y aplicarlo en su más simple literalidad a cualquier situación humana...

- Otro elemento que no se suele abordar, del que no solemos ser conscientes, pero que está presente en esta concepción fundamentalista de la Biblia es su «unicidad»: lo que la Biblia es, ella sólo lo es. No hay nada igual ni semejante en el mundo. Sólo ella es palabra de Dios, y, por ello,

5 Mucho se teologizó sobre el tipo de causa instrumental que los escritores sagrados representaban en las manos (o en la boca) de Dios. Las elaboraciones que marcaron finalmente la pauta fueron las de Santo Tomás.

6 En el caso de la Biblia hubo un caso extremoso, el de J. GERHARD, que llegó a afirmar que la Biblia había sido dictada hasta en sus signos vocálicos, esas vocales que, precisamente, el hebreo no escribe. Cf. A. BEA, *Inspiration*, IV. *Die Lehre bei Protestanten*, en LThK 5 (1960) 709; cf. c. 708-711.

7 «La revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas»: *Dei Verbum* 2.

merece nuestra fe y nuestra obediencia ciega. No puede haber «otra» palabra de Dios. Toda otra que se pretenda Palabra de Dios es falsa.

Esta unicidad, evidentemente, está basada, en definitiva, en la propia palabra de Biblia, como un «criterio a priori interno», o como un círculo argumental: la Biblia es la palabra de Dios y lo es sólo ella porque en ella está dicho... Cuando se apura a los cristianos reacios a pasar del inclusivismo al pluralismo, a que expresen cuál es la razón última de su resistencia, aparece en último término el argumento autoritativo de la Biblia y de la tradición: la Biblia lo dice, siempre hemos pensado así, así nos lo dijeron nuestros padres, así nos lo manda pensar la Iglesia. Se trata como decimos de un círculo argumental<sup>8</sup>, de una falta de pensamiento adulto y crítico.

### La crisis

Este viejo concepto de revelación (viejo y, a la vez, todavía actual) se fue cuarteando poco a poco al sufrir el embate del pensamiento moderno. No vamos a presentar esa crisis, que está descrita en muchos manuales de introducción a la Biblia, y que recomendamos a todos estudiar, o recordar, si ya la conocemos.

Sí importa decir que esta evolución fue realmente una crisis: por una parte los teólogos y biblistas estudiando, descubriendo, proponiendo... y, por otra, las Iglesias institucionales, rechazando los descubrimientos comprobados y las hipótesis propuestas como plausibles. El conservadurismo es ley de las instituciones religiosas. En el campo de lo religioso las resistencias intelectuales saben revestirse de argumentaciones «infalibles», en defensa de la fe y de la «honra de Dios». A veces, una nueva mentalidad sólo puede abrirse paso con el tiempo, cuando toma el relevo una nueva generación humana que ya creció con una nueva comprensión de la fe compatibilizada con los nuevos planteamientos culturales.

Es interesante recordar, a este efecto, el caso que se dio cuando Lessing publicó la obra de Reimarus, la primera investigación «científica» de línea crítica sobre la vida de Jesús, en 1778. La imagen prefabricada que se tenía hasta entonces de la vida de Jesús, que no tenía apoyo crítico en la Escritura, quedó descartada. Muchos seminaristas abandonaron el seminario en busca de otro oficio para sus vidas<sup>9</sup>... Es un signo claro y elocuente: las teorías teológicas no son teorías inútiles ni superficiales, que

8 «Petición de principio» se llama ese defecto en la lógica clásica.

9 Así lo testimonia SEMMLER en el prólogo de su refutación de Reimarus. Cf. A. SCHWEITZER, *Gesichte der Leben-Jesu-Forschung*, Munich Hamburgo 1976, pág. 67. *Investigaciones sobre la vida de Jesús*, Edicep, Valencia 1990, p. 76.

nos puedan ser indiferentes, sino elementos simbólicos esenciales en los que está en juego el sentido de la vida del ser humano. Es mucho y muy profundo lo que está en juego en estos temas y problemas...

Esta oposición de la institución a la transformación del pensamiento que va digiriendo y armonizando la relación de la fe con los avances culturales, parece ser ley de vida y ley de la historia. No obstante, las ideas mueven el mundo, empujan hacia adelante a la historia y también empujan hacia adelante a las religiones.

Pues bien, es la transformación del concepto de revelación lo que está a la base de la emergencia del pluralismo frente al inclusivismo, como paradigmas sucesivos en el desarrollo de la teología de las religiones. Así como el «fin de la cristiandad» fue confundido por los teólogos conservadores como el «fin del cristianismo», así, la posición pluralista es confundida con la negación del cristianismo. Así como el heliocentrismo fue considerado contrario a la Biblia, así también hoy el teocentrismo pluralista —en una revolución teológica copernicana semejante a la astronómica— es considerado por algunos teólogos como también contrario a la Biblia. La concepción clásica de la revelación es en todo caso un enclave central de las resistencias al avance de la mentalidad pluralista. Es por eso por lo que es necesario profundizar en este tema de la transformación del concepto de revelación.

### **Visión actual de la revelación**

¿A dónde nos ha llevado esta transformación del concepto de revelación? Tampoco aquí vamos a hacer una presentación prolija, sino una síntesis apretada de los elementos principales de esta nueva visión que posibilita, entre otras transformaciones teológicas, un corrimiento de mentalidades a partir del inclusivismo hacia el pluralismo.

- La revelación se da en un proceso humano y dentro de la historia. La revelación no cae ya «hecha», del cielo. «La revelación —sea lo que sea en su esencia íntima— no apareció como palabra hecha, como oráculo de una divinidad escuchado por un vidente o un adivino, sino como experiencia humana viva, como ‘caer en la cuenta’ a partir de las sugerencias y necesidades del entorno y apoyado en el contacto misterioso con lo sagrado»<sup>10</sup>.

La revelación no es, en realidad, unas palabras o unos textos, sino el proceso vital existencial de un pueblo que hizo una experiencia religiosa,

10 TORRES QUEIRUGA, Andrés, *La revelación de Dios en la realización del hombre*, Cristiandad, Madrid 1987, pág. 66-67.



experiencia que se materializó finalmente en una expresión escrita. La revelación no es el texto, no son las palabras, no es un libro. Es más bien el proceso, la experiencia religiosa misma por la que ese pueblo, como todos los demás pueblos, trató de darse un sentido para su vida, a partir de los mitos del mundo religioso y cultural en que vivía, pero matizado y rehecho por la experiencia de Dios que vivieron en su historia<sup>11</sup>.

No hay revelación en estado puro... La revelación sólo se da en la densidad de lo humano, en el laborioso proceso de las tradiciones, en la capacidad cultural del ambiente y en las posibilidades de la lengua, en el esfuerzo por responder a las preguntas y necesidades concretas de las diversas comunidades, en la reflexión teológica de figuras individuales o de comunidades determinadas. «Se da en» todo eso; no decimos que «se reduzca a» ello<sup>12</sup>. La revelación es «la manifestación del fondo del ser para el conocimiento humano»<sup>13</sup>.

- La revelación es un proceso universal, que se da en todos los pueblos. Todos los pueblos son humanos, y pertenece al ser humano la necesidad de dotarse de un sentido religioso, tanto individual como comunitariamente. Los paleontólogos marcan el paso a la consideración de estar ante un yacimiento arqueológico de restos «humanos» y no de simples «homínidos» en el hecho de que en el yacimiento se observen ya signos religiosos, por ejemplo en los enterramientos... Diríamos que *homo sapiens* es, desde el principio, equiparable a *homo religiosus*.

En el llamado «período axial» (800-200 a.C.) un buen número de pueblos del mundo antiguo experimentaron un mismo tipo de transformación religiosa, que dio origen a las grandes religiones mundiales, las «grandes religiones» o «religiones universales» que todavía hoy permanecen. Los científicos de la religión, así como los antropólogos, arqueólogos, teólogos, biblistas... están de acuerdo en que el proceso interno vivido por el pueblo de Dios que se refleja en la Biblia es un proceso estructuralmente semejante a los procesos religiosos de los otros pueblos, al margen y antes del proceso del pueblo de Israel<sup>14</sup>.

11 *Ibid.*

12 *Ibid.* 85-86.

13 Paul TILLICH, *Teología sistemática*, I, Barcelona 1972, p. 128.

14 Norberto LOHFINK habla del caso de Mari, donde, medio siglo antes de Moisés, antes de que Israel existiera como pueblo, todo un milenio antes de la culminación de la profecía en Israel, existían ya hombres que, a pesar de todas las diferencias concretas, se presentaban de forma semejante a los profetas posteriores del pueblo judío. *Los profetas, ayer y hoy*, en GONZÁLEZ / LOHFINK / VON RAD, *Profetas verdaderos, profetas falsos*. Sígueme, Salamanca 1976, p. 107. Cfr. TORRES QUEIRUGA, *ibid.*, 69.

• Todas las religiones son reveladas. Hubo un tiempo en el que los historiadores de las religiones distinguieron tajantemente entre religiones «naturales» y religiones «reveladas»; pero «un estudio más atento ha demostrado que esta antítesis resulta muy difícil de mantener»<sup>15</sup>. Por nuestra parte, los cristianos tendemos lógicamente a considerar a la Biblia como un mundo aparte, sin apenas contactos con la realidad circundante, como nacida enteramente de sí misma, sin influjos ni contaminaciones... En realidad, hoy, ningún teólogo serio pretenderá que las Escrituras hebreas y cristianas puedan ser puestas aparte de las demás obras en las que se consignan las creencias y experiencias religiosas de las demás religiones<sup>16</sup>. «La revelación pertenece a la autocomprensión de toda religión, que siempre se considera a sí misma como creación divina, y no meramente humana»<sup>17</sup>. «Religiones de la revelación, lo son todas»<sup>18</sup>.

• En el lenguaje clásico podríamos decir que Dios se quiere revelar a todos los seres humanos y a todos los pueblos, y quiere revelarse lo máximo que puede, siempre, en todo momento. Tenemos que pensar que la limitación de esa revelación es limitación de recepción y es una limitación nuestra<sup>19</sup>, de cada pueblo, de unos más que de otros...

• Esta nueva comprensión de la revelación conlleva una toma de conciencia de la «ampliación del campo revelatorio». Cabe «descubrir toda realidad como manifestación de Dios. Ella es el lugar de la presión reveladora del Señor sobre el espíritu del ser humano. De modo que incluso dentro de la radical y constitutiva oscuridad, hay evidencia de la revelación en todo lo real. En la medida en que algo es, está siendo manifestación de Dios»<sup>20</sup>.

• «Las religiones son, en definitiva, los puntos donde se condensa esa ‘evidencia’ general, los lugares donde la presión reveladora logra romper expresamente la opacidad del espíritu finito. La religión bíblica no resulta en este sentido diferente. Por eso, lejos de exclusivismos caducos, ha de partirse del axioma fundamental: ‘todas las religiones son verdaderas’, en el sentido de que en ellas se capta realmente, aunque no adecuadamente, la presencia de Dios. Los límites están en el modo y en la definitividad»<sup>21</sup>.

15 E.O. JAMES, *Introducción a la historia comparada de las religiones*, Cristiandad, Madrid 1973, p. 16. TORRES QUEIRUGA, *ibid.*, 29.

16 TORRES QUEIRUGA, *ibid.*, 29.

17 C.M.EDSMANN, *Offenbarung I*. Citado por TORRES QUEIRUGA, *ibid.* 28.

18 TORRES QUEIRUGA, *ibid.*, 32.

19 Éstas son conclusiones síntesis del tratado de Revelación de TORRES QUEIRUGA: *ibid.*, 459, epílogo.

20 *Ibid.*, 466.

21 *Ibid.*, 467 y 471.

• Podríamos decir que, en algún sentido, la palabra «revelación» se nos antoja inadecuada. Porque se refiera a un misterio, a una profunda dimensión del ser humano, expresándola mediante una imagen deudora de un pensamiento mágico: «re-velación», o sea, «des-velamiento», corrimiento del velo que nos impedía ver algo, un corrimiento que evidentemente es atribuido a alguien externo a nosotros... Por más que actualicemos la comprensión de este misterio -como acabamos de intentarlo brevemente- ocurre que la propia palabra «revelación», por asociación espontánea de ideas, nos traiciona inconscientemente, al evocar subrepticamente la comprensión vieja que precisamente queríamos superar. Las palabras no son inocentes. Creemos que es mejor no utilizar la palabra, o al menos, alternarla con otros sinónimos que no lleven esa carga de pensamiento mágico en la literalidad de la imagen que vehiculan. Lo que hemos llamado clásicamente «revelación» podría ser llamado con ventaja como «proceso humano de concienciación», «proceso de reflexión religiosa»...

Con estas conclusiones de Andrés Torres Queiruga, aterrizamos también nosotros esta presentación sucinta de la transformación del concepto de revelación, que, como hemos podido ver, nos deja colocados con una predisposición muy distinta ante el panorama de los paradigmas o posiciones teológicas diversas de la teología de las religiones. Evidentemente, la síntesis aquí presentada no dispensa la utilidad de un abordaje personal más amplio de la cuestión. Exhortamos vivamente al lector a hacerlo. Para ello señalamos alguna obra en la bibliografía.

## II. Textos antológicos

• Véase el capítulo 2 de *Enigmas de la Biblia*, 2, de Ariel ÁLVAREZ VALDÉS. Recomendamos vivamente la lectura de la obra completa.

• GONZÁLEZ FAUS, J.I., *Avanzadillas de la crítica bíblica*, en *La autoridad de la verdad*, Herder, Barcelona 1996, p. 108-109, ó 162-163.

• La palabra de Dios es la palabra de los hombres que hablan de Dios. Decir *sic et simpliciter* que «la Biblia es la palabra de Dios» no se corresponde con la verdad. Es sólo indirectamente la palabra de Dios. Los escritos bíblicos son testimonios de hombres de Dios que han vivido una historia y han manifestado a Dios. Cuando la Biblia dice: «Dios ha dicho, Cristo ha dicho...» no es Dios que lo ha dicho, no es Cristo quien lo ha dicho en sentido estricto, sino los hombres que han contado su experiencia de relación con Dios. Su experiencia viene del Espíritu y, en este sentido, se puede decir justamente que la Biblia está inspirada.

Pero al mismo tiempo es necesario tener presente la mediación humana, histórica, contingente. No se da nunca un encuentro directo, de tú a tú, de Dios con el hombre, sino siempre a través de mediaciones. Son los hombres los que hablan de Dios.

Para la investigación teológica y para entender la evolución de los dogmas, esto es muy importante. No se puede comprender la nueva teología sin este concepto de *revelación mediada* por la historia, por la experiencia interpretativa de los hombres. Cuando no se acepta la mediación, se cae necesariamente en el fundamentalismo. (E. SCHILLEBEECKX, *Soy un teólogo feliz*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1994, 72-73).

- Sucede no sólo en la conciencia vulgar, sino también en la predicación ordinaria, en los libros de divulgación e incluso en no pocos teólogos. La concepción que suele darse como obvia y presupuesta, cabe caracterizarla con los siguientes rasgos: a) Dios se reveló por medio de apariciones, visiones y palabras escuchadas o dictadas para escribirlas, a determinadas personas como los profetas o los apóstoles; b) esas personas las transmiten a los demás de palabra o por escrito, a veces confirmándolas con signos y milagros; c) los demás se fían de ellos y, apoyados en su testimonio, creen que Dios dijo o reveló eso que ellos dicen. En definitiva, creer en la revelación sería «aceptar algo como palabra de Dios, porque alguien dice que Dios se lo dijo para que él lo dijese a los demás». A. TORRES QUEIRUGA, voz «Revelación», en *Diez palabras clave en Religión, Verbo Divino*, Estella 1992, pág. 179-180.

### III. Preguntas para reflexionar y para dialogar

-¿A qué edad conocí la Biblia por primera vez? ¿Por qué la Biblia no era conocida casi en el pueblo católico antes del Concilio Vaticano II? Recordar las causas históricas.

-¿Cómo era la imagen de la Biblia que me dieron cuando yo era niño?

-¿He tenido oportunidad de renovar mi formación bíblica?

-¿Qué relación veo entre este tema y las famosas posiciones teológicas en materia de teología de las religiones (exclusivismo, inclusivismo y pluralismo)?

-¿Dice la Biblia que sólo ella es «palabra de Dios»? ¿Dónde? Y si lo dice, ¿eso es palabra de Dios o es una forma de percibirla por parte nuestra? Razonar dialogadamente esto en el grupo.

-¿Qué iniciativas, posibilidades, libros, cursos, recursos... conocemos para la renovación de nuestros conocimientos bíblicos?

-¿Hemos visto algunos otros «libros sagrados» de otras religiones? ¿Se pueden adquirir en nuestra localidad, dónde? ¿Qué otras religiones más importantes (mundiales o locales) están presentes en la sociedad en que vivimos? ¿Qué libros sagrados «deberíamos» conocer, para apreciar la calidad de la religión de nuestros hermanos y hermanas de esas otras religiones?

- ¿Qué otros «libros sagrados» hemos leído? Comentar la experiencia de cada uno.
- ¿Se puede dar un lugar adecuado a la lectura de la «Palabra de Dios» de las demás religiones en mi oración personal, en nuestras sesiones de oración grupal, en nuestras celebraciones paralitúrgicas, en la eucaristía...? ¿Por qué?

#### IV. Bibliografía

- ÁLVAREZ VALDÉS, Ariel, *Enigmas de la Biblia*, vol. 1, San Pablo, Buenos Aires 2001.
- ÁLVAREZ VALDÉS, Ariel, *Lo que la Biblia no cuenta*, Editorial Lumen, Buenos Aires 1997.
- BARROS, Marcelo, *Nossos pais nos contaram*, Vozes, Petrópolis 1982.
- CERESKO, Anthony, *Introdução ao Antigo Testamento. Numa perspectiva libertadora*. Paulus, São Paulo 1996, 351 pp
- CONCILIO VATICANO II, Constitución *Dei Verbum*.
- DULLES, Avery, *Models of Revelation*, New York 1983.
- GEFFRÉ, Claude, *Le Coran, une parole de Dieu différente?*, «Lumière et Vie» 32 (1983) 28-29, Bruselas.
- LOHFINK, N., *Ahora entiendo la Biblia*, Paulinas, Madrid.
- McFAGUE, Sallie, *Modelos de Dios. Teología para una era ecológica y nuclear*, Sal Terrae, Santander 1994, 309 pp
- MESTERS, Carlos, *Flor sem defesa. Uma explicação da Bíblia a partir do povo*. Vozes, Petrópolis 1983.
- ROBLES, Amando, *Repensar la religión, de la creencia al conocimiento*, EUNA, San José de Costa Rica 2001.
- SOARES, Alfonso M., *Interfaces da Revelação. Pressupostos para uma teologia do sincretismo religioso no Brasil*, Paulinas, São Paulo 2003, 286 pp.
- TORRES QUEIRUGA, Andrés, *La revelación de Dios en la realización del hombre*, Cristiandad, Madrid 1987, 505 pp.
- TORRES QUEIRUGA, *¿Qué significa afirmar que Dios habla?*, «Sal Terrae» 82 (1994) 331-347; «Selecciones de Teología» 134(1995)102-108; RELaT 243:
- TORRES QUEIRUGA, voz «Revelación», en *Diez palabras clave en Religión*, Verbo Divino, Estella 1992, p. 177-224.